

El Renacer.

Yo no era más que bolitas, pequeñas, del material que me compone: polietileno tereftalato.

Pero yo no era Yo; yo era mis hermanas, mis hermanos, mi familia. Eramos todos un conjunto sin personalidad, sin percepción de identidad, una colmena salvaje de mentes lanzando pensamientos sin sentido.

Con un suave traqueteo nos echaron a la maquina mezcladora, intercalándonos a nosotros con escamas, cenizas de mis antepasados. Sus pensamientos son más irracionales si cabe: entremezclan imágenes del proceso de formación con imágenes de la calle y su propio reciclado. Algunas imágenes son felices, otras debido a su fragmentación, no sabría decirlo. Sus propiedades están diezmadas, así que sólo mezclan una pequeña parte de escamas. Un 10% de pensamientos aterradores (por lo menos para mi) frente a un 90% de pensamientos esperanzados. ¿Con cuáles me iba a quedar yo? A veces creo que ese 10% es único que me compone a mi.

Caímos, y el calor era asfixiante. 315°C para fusionarnos y crear una masa viscosa por segundos, antes de ser empujados en un molde.

Y ahí estaba Yo: una preforma llena de inseguridades, a la cual han endurecido en segundos, camino a convertirme en una botella.

Llegué a la máquina de moldeo con recalentamiento estirado y soplado, calentándome de nuevo en cuestión de segundos lo justo como para volverme maleable. Una barra me estiró a lo largo e insufló aire a altísima presión en mi interior, forzándome contra un molde y dándome mi nueva forma. Mis hermanas se creaban a la misma velocidad que yo, dejándonos en una cinta transportadora camino al embalaje.

Después de ese proceso horrible, el hecho de que me transportasen a otra fábrica para rellenarme con agua no me importó. Tampoco que me llevasen por horas en camiones e ir viendo como poco a poco se llevaban a mis hermanas a su futuro inapelable. Mis hermanas botellas estaban felices de tener un propósito y ayudar a los seres humanos, esos mismos seres que nos habían creado y deformado a su antojo sin pensar en nuestros sentimientos. Pero quién pensaría que una botella de plástico tiene sentimientos.

El camión estaba oscuro y podía oír a mis hermanas charlar. Yo callaba, aterrada, temblando mi líquido interno por la proximidad de mi uso. No quería que me usasen. No quería que me usasen y me abandonasen. En ese momento, no sabía si me daba más

miedo convertirme en un deshecho que en que me usasen.

El momento llegó. Abrieron la compuerta del camión y un hombre cogió el pack donde yo me encontraba. Mis hermanas chillaban de la emoción. Yo chillaba por pánico.

Me dolía todo. Podía sentir el agua golpeando dentro mía y me enfermaba. Plap, plap, plap. Quería extraerla de mi. Las luces iban y venían. El agua me asfixiaba. Y de pronto, frío. Me metieron en una maquina, rodeada de alimentos y otras bebidas. Todo rodeado por plástico, pequeños trozos de mi familia, parientes lejanos, siendo utilizados por el hombre.

Quien diría que además de tener sentimientos, las botellas de plástico podemos tener ataques de ansiedad.

El frío me calmó un poco, el agua volvió a estar quieta. Una luz tenebrosa nos alumbraba ante la mirada de los humanos. Ellos, como buitres, nos rondaban, señalaban y atacaban. Vi a tanta familia caer por el precipicio hasta llegar a las manos de los humanos que perdí la cuenta. Vi como poco a poco mi lugar estaba más cerca del borde del precipicio, hasta encararme a él solo cogida por una barra de metal.

Y llegó mi turno.

Un humano me señaló, y el ruido de la máquina fue más ensordecedor que nunca. Estaba cayendo. Tras el golpe, mi agua rebotaba por mi nerviosismo. Sentí las manos del humano rodeando mi cuerpo, cálidas.

Rompió el cierre de seguridad de mi tapón. Quitó el tapón...y me bebió. Bebió todo mi contenido hasta dejarme seca. Si hubiese tenido ojos, habría llorado. El agua, esa masa que tanto llegué a odiar, ya se había hecho parte de mi, por mucho que me doliese admitirlo. Y ya no estaba. Sólo estaba yo, en las manos de un humano, dirigiéndome hacia la papelera más cercana.

Por un momento sentí lo más próximo a felicidad que podría haber sentido en una situación como esa: el humano me llevaba a un lugar de reciclaje. Podía ver a hermanas hablando tranquilamente sobre ser parte de otras cosas, sobre la suerte de que su vida no terminase en una eterna espera en el vertedero. Estaban felices, excitadas por el porvenir que tenían. Chillaban las cosas de las cuales querían ser parte en su nueva vida: unas querían ser de nuevo botellas, otras querían ser filamentos para ropa, juguetes, bolígrafos...

Pero el humano...decidió dejarme en la basura a veinte pasos del lugar de reciclaje. A veinte pasos de un nuevo futuro. A veinte pasos de no estar enterrada en el olvido eterno. Y el mundo me pareció más cruel que nunca.

Primero negué mi situación, estaba segura que de una forma mágica todo se iba a

arreglar, que el humano se daría cuenta de su error y me dejaría donde pertenezco. Luego grité, grité y grité. La culpa la tenían TODOS. El maldito humano que creó las botellas de plástico, los horribles seres que perpetuaron esta práctica, aquellos que me formaron a mi, el humano que me tomó y me dejó A VEINTE PASOS de ser reciclada, las malditas botellas en su maldito contenedor de reciclaje que no dejan de parlotear sobre su estúpida nueva vida.

Les pedí que me ayudasen. Pedí por favor que alguien tuviese compasión de mi pero (¡sorpresa!) los humanos no pueden escuchar al plástico hablar. Intenté convencer a la papelera de que me echase con un sutil movimiento, pero era de hierro y ya sabéis cómo es el hierro: rígido en sus quehaceres e incapaz de dejar ser recto por un segundo.

Ya no me quedaba nada que hacer. Mi mundo se deshacía y la gente tiraba más basura a mi alrededor y en ese momento lo vi poético. Estaba en la basura por que era basura. Nací defectuosa, cuestionándome todo, sufriendo por un futuro ineludible. Me merecía ese lugar. Si hubiese sido una despreocupada como mis hermanas, no me habría pasado esto. Estaba segura. Era mi culpa.

Lo acepté. Yo no podía hacer nada. Nadie podía hacer nada. Mi destino era el vertedero, y esa palabra, “vertedero”, cayó como una losa en mí. Decidí entonces desconectar de la realidad, intentar crear un mundo perfecto en mi mente donde yo era parte del herrete de los cordones, partes de avión, de una bicicleta. Quería ver el mundo.

Y entonces, ella me rescató.

—¿Quién te ha dejado aquí, pequeña? No te preocupes que te dejo con las de tu misma especie.

La humana me levantó de la basura y gracilmente me llevó junto a mis hermanas. Cuando estaba a punto de soltarme, murmuró.

—Tengo una idea mejor para ti.

Y me llevó con ella.

En ese momento yo no era más que sentimientos encontrados. Estaba segura de que cualquier suerte era mejor que el vertedero, pero ¿qué iría a hacer conmigo? ¿me reutilizará? ¿me reinventará? ¿me utilizará como propaganda del dolor de las botellas cuando las abandonas en la basura? El miedo y la excitación se daban la mano y me hacían temblar. Llego a tener agua y se me sale.

Tras unas horas en la oscuridad de su maleta, la humana, la dulce humana que me había liberado de una degradante eternidad, me sacó y la luz de su habitación fue la luz más preciosa que he visto nunca. Todo tenía un nuevo matiz en esa casa. Todo lo que mi vista de botella me dejaba ver, todo, todo estaba reutilizado: Neumáticos hechos sillas,

bombillas llenas de pequeñas plantas, rosas de papel, cestas hechas de palillos...podría pasarme la eternidad enumerando las maravillas recicladas que tenía esa humana. Me miró sonriente mientras me explicaba que necesitaba una nueva maceta. Cortó partes de mí, me llenó de tierra, introdujo la planta y regó. Yo podía sentir la tierra y el agua mezclándose en mi interior, haciéndome cosquillas. Me puso junto a una ventana y no pude pensar en un futuro mejor que ese. Me dieron igual los cortes e inversiones de mi persona para crear la forma de la maceta. Me dio igual todo. A veces, tienes que sacrificar una parte de ti para tener un gran futuro.

Los objetos reciclados sonreían y me daban la bienvenida, a la nueva Yo, a la Yo reinventada. A la Yo que sostenía a una vida en crecimiento, quien la cuidaría y sería su soporte. La Yo junto a la ventana, donde podía observar el mundo y sentir alegría de no estar en el vertedero.

De vez en cuando mi humana trae nuevos objetos tristes que me recuerdan a mí. Objetos asustados, desesperanzados, que han pasado una parte de su vida abandonados y temen a la obsolescencia. Poco a poco los reinventa, los perfecciona en su nuevo objetivo y los llena de amor y felicidad. Unos se quedan, otros los vende o intercambia por más objetos que necesitan una mano. Pero, lo que no tiene lugar a dudas, es que en esta casa no sale ningún objeto, sea cual sea su composición, sin un nuevo objetivo en su (ahora, alargada) vida.